

## *Más rápido que el tren*

Un golpe seco procedente de los bajos del vagón hizo que el viajero se despertara sobresaltado.

Atravesaban una vieja estación solitaria, antiguo cargadero abandonado del que únicamente quedaban, como mudos testigos de tiempos mejores, los desconchados edificios de planta baja con sus muelles vacíos y las amplias zonas hundidas de los tejados, heridas abiertas por las que asomaba el esqueleto ennegrecido de madera. El tren, ansioso por dejar atrás aquellos lugares que nada ofrecían salvo olvido y nostalgia, corría sin molestar a los frenos, conservando la veloz carrera mantenida en el llano que acababa de cruzar. El óxido ensombrecía las antiguas vías de la estación que, escondidas entre hierbas y matojos secos, serpenteaban incansables sin que los últimos rayos del sol consiguieran arrancar el menor reflejo de sus caras herrumbrosas; dobles líneas animadas con los fugaces instantes de falsa vida que la velocidad del tren les concedía, rápidos e inesperados cambios de trazado dotados de movimiento propio que el ojo del viajero seguía con fijeza hipnótica. Las pesadas ruedas metálicas del tren protestaban sin descanso con golpes y chirridos al discurrir por aquel paraje irregular; nudos, intersecciones y empalmes sin fin transmitían su abandono a los vagones en forma de movimientos bruscos que perturbaban la tranquilidad de los pasajeros. Todo pasó muy rápido, un instante de caos en el que la mirada, un tanto angustiada por cambio tan repentino, apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando los edificios quedaron atrás. La última vía curvada desapareció por fin tras el portón cerrado de una nave con techo de uralita y paredes abiertas y, de nuevo, los campos agostados llenaron el paisaje. La mirada pudo de nuevo levantarse libre, buscando en la lejanía un horizonte brumoso empeñado en sostener una bóveda enrojecida por el último suspiro del día.

El viajero se despezó con deleite buscando de paso una posición más cómoda, la postura forzada del cuello durante el sueño descabezado había avivado las quejas de sus gastadas cervicales. Esperaba no haber roncado. A su lado, en el asiento del pasillo, el joven con pinta de ejecutivo en ciernes que tan seca y educadamente le saludó al iniciar el viaje, continuaba incansable pasando datos al ordenador portátil. De vez en cuando, a un ligero

toque sobre el teclado, el brillo de un gráfico de barras coloreadas ocupaba la pantalla sin que nada en su rostro perfectamente rasurado dejara adivinar si los valores reflejados eran los esperados. El viajero bostezó mientras desviaba la mirada hacia el mundo exterior, permitiendo que, soñadora, se perdiera atraída por los colores naturales del atardecer. La llanura, rasa y despejada hasta donde alcanzaba la vista, mostraba orgullosa las marcas rectas donde creció el cereal. Brillaba poderosa con las últimas energías prestadas, demasiado seca, esperando anhelante la caricia húmeda de las primeras tormentas, luciendo los tonos un tanto apagados de un largo verano de calores sin tregua. A lo lejos, los picos desiguales de la cordillera quebraban el horizonte. Más cerca, a medio camino del cuadro enmarcado por la ventanilla, la llanura comenzaba a morir abultándose con las primeras colinas. Perdida entre ellas, en el corazón de un valle escondido entre ondulaciones rocosas, cada vez más cercana, se encontraba la estación que marcaba el final del trayecto para el viajero que, ya completamente despierto y despejado, disfrutaba del momento dejándose arrullar por los recuerdos.

Le gustaban los trenes, con ellos se encontraba feliz, tanto como en su propia casa. La cosa no carecía de lógica –sonrió para sí ante tal pensamiento–, teniendo en cuenta el hecho de que nació en un tren; su madre regresaba de visitar a una hermana recién operada en la ciudad, no pensó que hubiera peligro en tan corto viaje ya que aún quedaban dos meses para que se cumpliera la fecha prevista para el nacimiento y no tenía apenas molestias. Sin embargo, los dolores se presentaron de improviso, todo fue muy rápido, proceso tan imprevisto como imparable que puso a prueba el temple de una primeriza; el viajero vio la primera luz en un compartimento de primera clase habilitado de prisa y corriendo por un interventor que nunca se había visto en otra. Tampoco era de olvidar que toda la niñez la vivió en una estación, y que, para completar el cuadro, durante los últimos treinta años y prácticamente a diario, los asmáticos trenes de la América Andina fueron su medio de locomoción obligado. Sí, los trenes formaron una parte muy importante de su vida y podía asegurar sin sonrojarse que los quería. También se enorgullecía de conocerlos a casi todos, desde los ya olvidados y nostálgicos movidos por imponentes locomotoras a carbón hasta las últimas exhalaciones de alta velocidad, bautizadas como lanzaderas por algún pensador hortera luciendo aires de innovador. Sin ninguna duda su sufrido trasero podía presumir, cayendo sin remordimiento en el pecado del orgullo, de haber probado tanto los duros

bancos de madera de vagones ya catalogados en museos como los mullidos sillones anatómicos de primera clase que ahora ocupaba. Los trenes y su mundo tan especial y solitario...uno de los amores de su vida.

Su padre fue jefe de estación en el apeadero de un pueblo olvidado entre colinas de bosque y prado en pleno corazón de la comarca de la sierra baja. Título en este caso quizás demasiado ampuloso teniendo en cuenta que era el único empleado, él realizaba todas y cada una de las tareas que el puesto aparejaba; factor, expendedor de los pocos billetes que allí se vendían, contable, mantenimiento y limpieza diaria...todo. La dedicación era a tiempo total, no podía ser de otra forma, con vacaciones pocas veces disfrutadas y ninguna cobradas. La línea, sin llegar a ser de importancia nacional, sí era transitada por numerosos trenes a lo largo del día, pero únicamente dos de ellos, el correo en ambas direcciones, se dignaban parar en el apeadero, ambos lo hacían por la mañana, con media hora de diferencia. Otro de ellos, uno de los llamados expresos, cada dos o tres días, no lo recordaba con exactitud, realizaba una muy breve parada a media noche sin que nadie supiera muy bien con qué fin. El trasiego de pasajeros en el solitario apeadero ni siquiera rozaba el nivel de escaso, y si se hablaba de mercancías únicamente las arrugadas sacas del correo merecerían alguna mención e interés en los recuerdos. Había que reconocer, haciendo honor a la verdad, que el trabajo no mataba a su padre.

La familia, sus padres y una hermana dos años menor, además de él mismo, vivían ocupando la totalidad de la planta superior del edificio de la estación, lugar amplio y confortable comparando con lo que se llevaba en aquel tiempo en el mundo rural profundo, incluso disponía de baño completo...y todo por cuenta de la Compañía. El pueblo se encontraba un tanto apartado del apeadero al que daba nombre, un kilómetro bien medido ladera arriba, escondido a la vista tras un cúmulo rocoso del que sobresalía, como pegada al cielo, la torre de la iglesia con los negros huecos del campanario como ojos vigilantes. Antiguo minarete árabe que aún presumía de la perfección y alineamiento del ancho ladrillo cocido no tocado demasiado por el tiempo. Al pueblo se accedía por un cuidado camino de tierra -hoy asfaltado y unido a la moderna carretera comarcal según le habían dicho- que discurría paralelo a las vías del tren hasta girar a la altura de la derruida granja de Francis. El apeadero resultaba un edificio quizás demasiado aislado, gozando no obstante, como compensación, con la bendición de la tranquilidad, lejos de los líos vecinales de los pueblos

de gentes apiñadas, y también con una hermosa huerta junto al camino, en el extremo de la estación, rincón éste atendido en exclusiva por su madre, mujer de sólido pasado campesino que sabía como nadie el secreto tanto de las hortalizas como de la media docena de frutales a los que cuidaba con especial mimo. Un lugar ideal para disfrutar del frescor de la sombra en los veranos.

El viajero, con la vista perdida en el horizonte, recordaba aquella época lejana como la estancia en el Jardín del Edén de un niño prematuro con demasiados problemas en sus primeros años de vida, un niño que lanzó al mundo su primer grito de protesta en la oscuridad del interior de un túnel ennegrecido por el hollín de las chimeneas de incontables locomotoras. Una sonrisa, más amplia en esta ocasión, iluminó su cara. El joven informático le observaba de reojo; sin duda preguntándose si el enjuto individuo que se sentaba a su lado estaría en sus cabales, la gente no suele sonreír sola, se ha perdido tan benéfica costumbre. Mientras tanto el tren inició una amplia curva adentrándose en las primeras estribaciones de la todavía lejana cordillera, atrás quedaban definitivamente los terrenos llanos. Por unos instantes el sol vencido de la tarde brilló aún poderoso sacando reflejos escondidos en el doble cristal de la ventanilla. Sí, sin discusión posible la niñez solitaria en el apeadero fue la mejor época de su vida, tiempo en el que se inició en la carrera, actividad en la que más tarde llegó a ser muy bueno...muy bueno.

Era pequeño cuando comenzó todo, el recuerdo brotaba con total claridad, como si únicamente hubieran pasado unas horas y no toda una vida. Tuvo como principio una mañana en la que el frío del invierno comenzaba a ceder arrinconado por la primavera adelantada de aquel año. Las escarchas todavía blanqueaban los campos pero el cielo mostraba los azules casi olvidados del alba. La Naturaleza comenzaba de nuevo a respirar.

Como todas las mañanas salió en dirección al colegio del pueblo, recién tragada la última cucharada del tazón de leche de cabra migada que le preparaba su madre. Ante él se iniciaba la senda, muy recta y llana, que después de compartir dirección con el trazado de las vías durante trescientos metros largos, giraba buscando la subida hasta el pueblo, la escuela estaba entre las primeras casas del arrabal. Su salida coincidió con el tren correo que iniciaba su marcha agotada su breve estancia en el apeadero. La máquina de vapor, negra como el carbón que consumía sin descanso su ardiente estómago, jadeaba intentando romper la inercia del reposo recién concluido. Un penetrante silbido cortó el limpio aire de

la mañana. El chico admiró el enorme cilindro de la caldera, la infinidad de tubos que la envolvían y las blancas nubes de espeso vapor que escapaban en chorros regulares procedentes de los émbolos. Se preguntó quién llegaría primero a la curva, si la locomotora o él; comenzó a correr y fue él quien llegó el primero, sin gran esfuerzo, carrera de trote mediano. Aquellas pesadas locomotoras a vapor requerían su tiempo hasta coger velocidad.

A la mañana siguiente concedió cierta ventaja al monstruo humeante, no comenzó a correr hasta que la proa de la máquina coincidió con el mojón que marcaba la división de dos fincas de secano, cincuenta metros poco más o menos. Volvió a ganar, esta vez por poco, la ventaja concedida resultaba escasa. Tardó algún tiempo en situar el hito para comenzar a correr y que la carrera gozara de alguna emoción; sería cuando la locomotora rebasase el primero de los tres enebros que crecían junto al terraplén. Con esa condición el esfuerzo resultaba tremendo y el resultado incierto. Comprendió que la victoria dependía de factores poco predecibles, como el estado de la senda por la que corría, el viento del momento, los libros que llevara en la mochila sujeta a la espalda...y también, ¿por qué no?, de los ánimos que aquel día tuviera el fogonero para echar paladas de carbón.

Preparaba con esmero las carreras, estudiaba la senda metro a metro y el recorrido exacto más ventajoso, la línea por dónde previsiblemente se realizaba un menor esfuerzo. Perfeccionó su particular técnica de respiración -algo había leído sobre ello en uno de los libros de la anémica biblioteca de la escuela-, de contención del fuelle que le permitía una reserva de esfuerzos para no desfallecer en el apretón final. Aligeraba al máximo el contenido de la mochila, acción ésta que le valió alguna reprimenda de la maestra al ser el único que no podía seguir alguna clase por falta del libro correspondiente... Todo le parecía poco con tal de ganar y poder alejar algunos metros el punto de referencia de salida, cosa que, a pesar de todos los esfuerzos sufridos nunca consiguió, el enebro se resistía al olvido. Luego, unos años después, las caducas máquinas a vapor fueron sustituidas por otras pintadas de verde que consumían fuel-oil, diesel las llamaban todos, y con ello la carrera cambió radicalmente. Aquellos demonios mecánicos aceleraban con una rapidez increíble, el hito del enebro dejó de ser válido. Después de algunas pruebas llegó a la conclusión que era él quien debía comenzar a correr primero e intentar no ser alcanzado antes de la curva.

Aquellas carreras solitarias, además de la obsesión con ciertos tintes malsanos que llegaron a brotar, le adentraron en los valores inapreciables de la virtud de la perseverancia

junto con el afán por la superación constante; a ello contribuyó día tras día el estudio y la previsión de detalles, incluso los más mínimos que, de alguna manera, pudieran influir en el resultado de la carrera. Se entrenaba sin descanso con el fin de mejorar la punta de velocidad, de arañar aunque fuera un simple segundo a las marcas que se imponía, aumentando sin descanso la potencia de las fuertes piernas de campesino heredadas de su madre.

El cierre del apeadero con el inevitable traslado de su padre a la capital de la provincia coincidió con su entrada en el instituto. La vida de la familia cambió por completo; del ambiente marcado por un tranquilo aislamiento apenas roto por el paso de los trenes, pasaron, sin preámbulo alguno, a la colmena humana de una ciudad no demasiado grande pero diferente por completo al paraíso vivido hasta entonces. Sus padres fueron los que peor soportaron cambio tan radical, tanto su hermana como él rápidamente se amoldaron a la nueva vida, casi lo agradecieron, la juventud es flexible y decidida.

El cambio no supuso en absoluto un descenso en su afición a correr, enseguida entró a formar parte del equipo de atletismo del instituto. Los entrenamientos se le antojaban demasiado flojos, simples ejercicios realizados con escasa disciplina e incapaces de apagar el fuego que la carrera había encendido en su alma, por lo que todas las tardes corría un rato por la carretera que pasaba detrás del bloque de viviendas en el que vivían. No forzaba, simplemente disfrutaba del placer que proporciona la brisa secando la cara sudorosa, gozaba de la soledad sin pensamiento del esfuerzo continuado, y, como premio inmejorable, el descanso final. No lejos de la carretera, entrevelada por los accidentes del terreno extremo de la ciudad, discurría la vía férrea; de vez en cuando el pitido de alguna locomotora impaciente anunciaba la proximidad de la estación.

El final del bachillerato marcó la hora de tomar decisiones sobre el futuro y fue entonces cuando tuvo la primera y única discusión seria con sus padres, diferencia sería más propio decir, discusión quizás sea demasiado. Todo apuntaba a su ingreso en la Universidad de Zaragoza, o Valencia, tanto daba según criterio de su madre, siempre que al final estuviera el título de médico. Sin embargo, contra todo pronóstico, asombró y decepcionó a todos al manifestar su decisión inamovible de ingresar en una orden religiosa, decisión meditada y madurada en los últimos años. El recuerdo de aquel verano, imágenes que cobraban vida propia en su mente, hizo que una brizna de húmeda luminosidad brillara tenaz en sus ojos

mientras el tren se adentraba definitivamente en el terreno irregular de las colinas. Fue un verano de silencios tristes, de un padre preocupado y también desilusionado, de lloros contenidos de una madre callada.

Con el ingreso en el seminario se inició una nueva etapa en su vida, la más trascendental sin ninguna duda, período que tras años de intenso estudio, incluida la tan ansiada por su madre licenciatura en medicina, le llevaría a recorrer una buena parte de las casas misionales de la Orden en América. Sólo en cuatro ocasiones regresó el viajero a su patria, no coincidiendo ninguna de ellas con la muerte de sus padres.

La dureza de los estudios y la restringida vida monacal no supusieron obstáculo alguno en la para él necesidad de correr, actividad que practicaba aprovechando los escasos huecos de que disponía; antes del desayuno, con la amanecida, en alguno de los tiempos muertos de la tarde, los domingos...cualquier momento robado al descanso era aprovechado para satisfacer la necesidad que nació durante aquellas mañanas con el tren como único compañero; no pasó mucho hasta que, viendo la intensa afición del novicio, los superiores le permitieran desarrollarla en tiempos establecidos de antemano. Y comenzaron las competiciones, los sacrificios, también los triunfos. Y en la Orden comprobaron lo bueno que era aquel joven delgado de mirada soñadora, un poco ausente...muy bueno, un corredor nato con un extraño estilo propio, de correr desgarrado pero efectivo, muy lejos de la elegancia del atleta entrenado, un velocista capaz con sus hábitos de dar gloria a Dios y prestigio a la Orden. Facilitaron y protegieron su preparación y entrenamientos, en la Orden no escaseaban instalaciones ni personal adecuados para ello.

Tres años después de su ingreso, tras una discreta pero incesante curva ascendente, el curita, como ya era conocido en los círculos deportivos especializados, pudo presentarse a los campeonatos nacionales, modalidades de cien y doscientos metros; de aquella reunión de atletismo saldrían los representantes para las olimpiadas. A él nunca le gustó competir, lo hacía en cierto modo obligado, una vorágine en la que se vio inmerso sin apenas darse cuenta, le gustaba correr y llegar más y más rápido, superar metas propuestas, no le gustaba ver la desilusión de otros corredores que se iban quedando atrás, ni la amargura de la derrota marcada en sus rostros. El no corría para eso. Aquella carrera, ganara o perdiera, lo tenía meditado y decidido pesara a quien pesara, marcaría el final de su paso por la competición oficial, regresaría al placer del esfuerzo solitario.

Y llegó la competición y con ella las primeras eliminatorias que fueron depurando y seleccionando al grupo inicial hasta perfilar el ramillete final de siete corredores, los mejores, los que correrían la primera de las finales de velocidad, la reina indiscutible, los cien metros lisos. En realidad, vistos los resultados anteriores, la final era sólo para dos: el vigente campeón, poseedor además de las mejores marcas en las eliminatorias, profesional serio con aspiraciones internacionales, una estrella brillando sin sombra, y el otro, el escuálido seminarista de correr atropicado, el extraño curita de aceptables marcas, excepcionales padrinos y prometedor futuro...segura medalla de plata.

La tarde nublada fue testigo privilegiado de aquella final, el viajero la recordaba quizás demasiado oscura y húmeda, con las pistas empapadas por la reciente lluvia, no resultaba la mejor tarde para correr. A él le recordaba la senda de tierra embarrada de la estación en días de otoño. Un movimiento del tren le hizo cerrar los ojos mientras se dejaba llevar por el vértigo placentero de los recuerdos. En sus oídos resonó de nuevo el atronador pistoletazo de salida.

Inmediatamente, confirmando todos los pronósticos, el campeón comenzó a tomar ventaja, además de la velocidad dominaba a la perfección las técnicas de salida, como correspondía al excelente profesional que era. Por el rabillo del ojo el seminarista captó que se quedaba atrás...Sin embargo en ese instante no vio a un hombre corriendo y moviendo los brazos al compás que marcaban las zancadas, vio que le adelantaba una masa oscura imparable; su cerebro obsesionado transformó la realidad adentrándose en un mundo paralelo que únicamente él veía: a su lado corría una locomotora moviendo las bielas a un ritmo frenético, monstruo olvidado que le comía terreno sin parar. Y transportado al sueño de otro tiempo pasado corrió como nunca lo había hecho, de su pecho brotó una presión desconocida que le empujó hacia delante haciendo que sus pies apenas tocaran el suelo, toda la rabia almacenada durante sus duelos con las viejas locomotoras se concentró en sus músculos dotándolos de una fuerza sobrenatural. Allá, a lo lejos, al final, al comienzo de la olvidada curva que conducía al pueblo, vio que alguien había puesto una cinta roja que atravesaba el camino de parte a parte, a la altura del pecho. Y corrió con la locura instalada en su mente y la presión golpeando sin piedad sus arterias. Notaba cómo la locomotora aceleraba más y más pero él no perdía terreno. La curva se acercaba rápidamente, por un momento pensó que no podría, que era demasiado. Otro tremendo empujón, las últimas

reservas de aquel cuerpo que daba lo imposible, le hicieron volar. Notó que la locomotora quedaba atrás. Rompió la cinta y la inercia le llevó a tomar la curva del camino cuyo giro, por alguna providencia especial, coincidía con el de las pistas, a la izquierda.

Volvió a la realidad abrazado por gentes a las que no recordaba, envuelto en el griterío de las gradas. Tardó algún tiempo en darse cuenta de dónde estaba y de que había ganado una carrera, y que la había ganado con autoridad, ante un estadio enmudecido por lo que veía. El hasta entonces campeón se acercó a felicitarle, le abrazó sonriendo, con un brillo duro en los ojos que hablaba de otra cosa. Más tarde todo eran felicitaciones en la casa que la Orden tenía en la capital, lugar al que se había trasladado para participar en los campeonatos. Todavía quedaba la prueba de los doscientos, pero visto lo visto, ya nadie se permitía dudar del nombre del nuevo campeón. Vivía aquellas horas como un sueño, sin acabar de despertar del todo, incluso alguien le preguntó si se encontraba bien...nadie era capaz de ver el tren que corría a su lado.

El dolor apareció repentino mientras se lavaba las manos antes de la cena. Un pinchazo agudo, tenaz, algo que le taladraba la parte baja del esternón. La imagen del espejo se volvió borrosa. El silbido en los oídos resultaba insoportable, como si un tren pasara a su lado pitando sin descanso.

Despertó en el hospital, rodeado de batas blancas que se inclinaban sobre él. Durante dos días le realizaron todo tipo de pruebas buscando las causas de un desmayo que se prolongó durante dos largas horas, intentando descubrir las raíces de una probable y escondida lesión que explicara lo ocurrido. No se encontró nada, únicamente un organismo joven con un potente corazón de cincuenta y ocho pulsaciones. Según rezaba el informe médico final, el agotamiento debido a los duros entrenamientos de las últimas semanas era probablemente la causa del desvanecimiento sufrido, nada preocupante en principio, nada que no curasen unos días de reposo, la propia naturaleza volvería las cosas a su sitio. En la mañana del tercer día le dieron el alta.

Aquella misma tarde, mientras descansaba y leía arropado por la tranquilidad del retiro en su celda, recibió la visita de un anciano monje, personaje estirado y de pelo blanco como la lana al que conocía de vista, de las comidas y rezos comunes. Misionero por vocación y médico de profesión, fraile con toda una vida a sus espaldas gastada entre gentes que ni siquiera de pobreza podían presumir, un servidor del abandono humano. Le habían hablado

del interés del joven deportista por finalizar los estudios de medicina antes de iniciar la vida misionera, y de ambas cosas el anciano sabía mucho. El viajero recordaba al acartonado monje con toda claridad, sobre todo su conversación, una verdadera delicia el escucharle hablar y narrar. Además de clase innata venida de cuna poseía algo de lo que contadas personas pueden vanagloriarse: cultura sin fin y una vida entera dedicada al cultivo de la ciencia en beneficio de los demás, con total olvido de sí mismo, incluso su faceta de escritor brillaba en la literatura especializada.

El tiempo pasó ligero como un soplo en la celda en la que, además, se forjó una amistad que perduró a lo largo de los tres años con los que la vida obsequió todavía al viejo médico. Al abandonar la celda para la cena, como si repentinamente recordara algo, el anciano se volvió con la mano descansando sobre el pomo de la puerta:

- Una cosa...casi me olvido, referente a tu...incidente de salud. Por orden directa del prior he revisado detenidamente todo tu historial en el hospital; tu salud es buena, no aparece nada patológico ni lesión apreciable, -hizo un ligero silencio con la mirada baja, pensativo, al mejor y más puro estilo de los religiosos cuando quieren captar todo el interés del oyente- . Sí, todo parece indicar que el agotamiento es el culpable, demasiado ejercicio físico unido a la disciplina monacal, los estudios...sí, la explicación parece lógica. No obstante, un viejo médico como yo no acaba de estar seguro, he visto y tratado demasiado, las cosas no suelen ser tan fáciles, no en un desmayo de dos horas. Yo estaba en las gradas, en primera fila, junto a la pista, los ancianos dentro de la Orden tenemos mucho tiempo libre y nos movemos sin parar...vi perfectamente el increíble esfuerzo que realizaste, unos segundos en los que el rostro se descompuso, la mirada alucinada...y he visto cómo algo fallaba en tu organismo, algo que las máquinas no han detectado pero que, no te quede la menor duda, volverá a dar la cara a la menor oportunidad que se le presente.

Una pausa en la que la mirada del médico taladraba. Por fin, tras unos segundos, su voz sonó seca, tajante:

- Deja de correr si quieres llegar a viejo.

Se marchó sin más explicaciones dejando la estancia sumida en un espeso silencio. Cuando poco después llamaron a la puerta y apareció un hermano portando la bandeja con la frugal cena, su mente se había serenado y el pensamiento discurría tranquilo, la decisión estaba tomada: no sólo dejaría de competir, eso ya lo tenía decidido antes, tampoco volvería

a correr. Las copas de los álamos movidas por la brisa que se vislumbraban por el ventanillo fueron cómplices de la intensa lucha interior librada y de la inapelable decisión.

La corta parada del tren en la ciudad principal de la comarca, antaño famosa por el mercado semanal y las ferias ganaderas que atraían a gentes de las montañas, cortó sus pensamientos devolviéndole por unos minutos a la realidad que le rodeaba. Comprobó lo poco que tenía en común aquel poblachón provinciano que abandonó casi medio siglo atrás con lo que ahora observaba: modernos edificios, relucientes urbanizaciones de casitas con jardín adosado, modernas carreteras envolviéndolo todo...el mismo lugar con otro decorado y, sobre todo, con otras gentes y otras ilusiones.

El tren, inmovible y ajeno por completo a todo lo que no fuera su propia marcha, continuó el camino. El apeadero ya estaba cerca. Ningún tren paraba allí, lo hacían unos kilómetros más allá, en la nueva estación construida a las afueras del pueblo del valle, en la zona del activo polígono industrial de transformados agrícolas y auxiliares; allí le esperaba su hermana para llevarle al pueblo de su niñez, de donde también era su marido y en donde poseían casa heredada y arreglada, y en donde, también, le esperaba impaciente un niño al que sólo conocía por foto, el único nieto de su hermana. Pequeñuelo al que habían puesto el nombre del viejo misionero de la familia y que esperaba ilusionado conocer a aquel aventurero lejano, de pura leyenda, del que tanto hablaba a sus amigos del colegio y al que había preparado una silla junto a su cama para que, sentado en ella, le narrara historias maravillosas de los países que había visitado, de sus selvas y ríos, de los bichos que allí vivían, de los indios y sus chozas, de esas flechas con puntas envenenadas...

Ya quedaba muy poco para llegar, muy poco, los ojos del viajero se iluminaban con los paisajes conocidos y jamás olvidados. Poco cambio presentaban las colinas boscosas que daban entrada al valle, sí y mucho el llano, antaño amarillo de cereal y ahora verde de regadío y cuajado de viviendas. A su edad no le preocupaba que la emoción humedeciera sus ojos. Tampoco dio importancia al olvidado dolor que después de tantos años regresaba de nuevo a instalarse en la parte baja del esternón; únicamente veía el paisaje, nada más importaba. No entendía el por qué el joven sentado al lado cerraba de golpe la carpeta que hojeaba en ese momento y le apretaba los hombros zarandeándole mientras le hablaba, parecía que gritaba aunque él no le oía. Aún menos comprendió cuando, ayudado por alguien más, le levantó del asiento y le tendió en el suelo alejando la visión del exterior.

Allí, una mujer de pelo recogido y gruesas gafas de concha, salida de entre la niebla de alrededor, le apretaba el pecho. No comprendía lo que estaba ocurriendo y volvió la atención al paisaje que de nuevo apareció ante su vista, esta vez infinito, sin las limitaciones impuestas por la ventanilla. Llegaban al antiguo apeadero. Un poco más allá se divisaba el camino que recorría de pequeño y la curva que marcaba el final recto; sin embargo algo no encajaba en el cuadro, le mente le avisaba de la anomalía que suponía el túnel, aquel agujero negro por el que desaparecían las vías, justo a la curva del camino. Un túnel que antes no estaba, algo sin ninguna explicación en un terreno llano.

Atravesaron el apeadero que en absoluto transmitía la sensación de abandono esperada, andenes limpios y despejados, con el viejo reloj ocupando, como siempre, su lugar de honor sobre la puerta de cristales relucientes. Incluso le pareció ver de soslayo geranios rojos floridos, los preferidos de su madre, en las ventanas de la vivienda superior, la suya. El tren marchaba rápido arrastrado por la fuerza de la moderna locomotora eléctrica, la velocidad apenas permitía precisar los detalles cercanos, lejos no había nada, el mundo se limitaba a la vía, el resto era bruma que se cerraba.

El antiguo camino comenzó a discurrir veloz, sin que aparentemente el tiempo le hubiera marcado con su huella, sin cambios en el blanco de la tierra arcillosa ni en los grises de las lanchas; allí verdeaba el denso espino de jugosas moras siguiendo el trazado de la acequia, más allá se erguían los tres enebros... La locomotora penetró en el túnel tragada por su negrura sólida. No sabía en dónde estaba pero por fin comprendió hacia dónde se dirigía y que escasos segundos le separaban de su destino, del final de la última carrera. Sus ojos, ya faros sin luz, se clavaron en la negrura que se acercaba a toda velocidad agrandándose hasta ocupar todo el frente. No pensó nada, ni tan siquiera en la inquietante realidad de que un túnel marcara su principio y también su fin. Su cerebro reaccionó cuando la parte delantera del vagón penetró en la oscuridad, décimas de segundo...distinguió perfectamente la figura de un niño ya acostado, alguien a quien nunca conocería, esperando impaciente con una silla preparada junto a su cama, en la cabecera. Podía haberle contado tantas cosas...sobre todo de aquella época en la que otro niño, incansable y también ilusionado, consiguió correr más rápido que el tren.

Mazalinos, Avila, Agosto 2002